

Artículo premiado 2010

“Una ‘irresponsabilidad’ con tilde y acento”

El idioma es quizá el mayor tesoro que puede tener una sociedad civilizada. Ni una poderosa industria ni un gran ejército suman la misma fuerza que puede generar el habla en toda su extensión. La palabra es siempre más poderosa que las armas o el dinero. Si se eleva esta idea a la categoría de verdad absoluta, resulta que España posee una riqueza que no tienen otros países, porque es dueña de un idioma (dicho sea figuradamente, porque nadie es dueño de la capacidad de comunicarse) que exporta a decenas de países y permite la comunicación a cientos de millones de personas.

En la última década, España y Castilla y León se han dado cuenta de esa fuerza y de las consecuencias económicas que puede tener para el país. Esa es la razón de que los gobiernos, el regional también, se hayan lanzado ahora a una carrera por el cuidado del idioma y desde luego, por qué no decirlo, por su explotación económica y social. Lástima que ni el Ministerio de Cultura, en el ámbito nacional, ni el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, en el regional, hayan acertado aún con la fórmula por sus propias incapacidades.

Sentadas estas bases, más o menos sólidas, la pregunta es bien sencilla: ¿Si los políticos son conscientes de la importancia del idioma, por qué se dedican sistemáticamente a maltratarlo? Es moneda de cambio común observar cómo se modifican, consciente o inconscientemente, las acentuaciones de las palabras o incluso se sustantivan otras de manera que pierden su sentido real o, en el colmo de la estupidez, se españolizan anglicismos con el único objetivo de intentar pasar por cultos. En Castilla y León, donde se presume de ser la cuna del castellano (por otro lado con sobradas razones para ello), el primero de sus políticos, el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, se prodiga en la utilización de palabras como «résponsabilidad», con acento y tilde en la e, y muchas otras que acentúa en su primera sílaba sea ésta llana, esdrújula o aguda.

En este panorama, resulta gracioso observar a otros políticos, muchos de ellos licenciados en Derecho o en Químicas a los que les ha tocado en suerte una responsabilidad sobre la Cultura, preocuparse por el uso que del idioma hacen los jóvenes a través del ordenador o del teléfono móvil. Su primera obligación sería hablar bien y no lo hacen. A partir de ahí, qué importa cómo le mande los besos un chaval a su novia en un mensaje de móvil. Predicar con el ejemplo debería ser el primero de los pasos.

Pero no sólo son los políticos los que usan mal el idioma. También es bueno hacer autocrítica y situar a los periodistas en el ojo del huracán. Los viejos redactores escriben con una retórica a veces trasnochada y las nuevas generaciones escriben tan mal como hablan. Entre ambos tipos de profesionales, más bien parece que es necesario enrevesar las frases para demostrar una mal entendida habilidad para la escritura o una cultura que ni se tiene ni se tendrá porque España ha importado el hacer estadounidense, la búsqueda de la excelencia a través de la especialización. O lo que es lo mismo, un intento de aplicar la tecnología al lenguaje. Un error mayúsculo para el castellano, que puede perder de ese modo la amplia riqueza de matices que atesora. La radio anuncia un curso de inglés con mil palabras. ¿Se imaginan un curso de castellano en mil palabras? La pérdida que ello produciría sería equivalente a todo el petróleo del mundo multiplicado por la mayor cifra que se nos ocurra, porque no olvidemos que España tiene en su idioma el principal activo, como diría hoy en día un financiero o un gestor de cuentas en La Bolsa; un broker que dicen los pateadores del idioma.

La realidad es que tan fácil es cuidar el idioma como destrozarlo. Es desesperante entonces escuchar cómo ahora se maltrata en los espacios deportivos de radio. Mejor no hablar de los programas del corazón, donde la nula capacidad de articular discursos coherentes es proporcional a las vísceras que se muestran con más o menos orgullo. También es mejor obviar los primeros artículos de los recién licenciados en Periodismo, empeñados muchos de ellos en separar el sujeto del verbo con una coma en una grácil maniobra para darle al lector la posibilidad de respirar por adelantado ante lo que se le viene encima, un párrafo de treinta líneas con profusión de comas, pero sin puntos.

Si Miguel Delibes levantara la cabeza... Intentaría de nuevo enseñar a hablar. No a escribir, sino a hablar. Porque la mejor forma de escribir bien es hablar bien. Si se respeta el lenguaje hablado, las posibilidades de respetar el escrito son altísimas; del mismo modo ocurre a la inversa. Nadie en sus reuniones sociales, alrededor de una comida o acodado en la barra de un bar, habla de manera que no se comprenda lo que quiere contar. La mayoría de nosotros articulamos las frases bajo la máxima del sujeto, verbo y predicado. ¿Por qué cuando queremos trasladar las palabras al papel nos da por hacerlo tan complejo que no hay quién lo entienda? Habla normal, escribe normal y te comprenderán; hazlo mal y sólo alcanzarán a entenderte. Claro que, por casualidad, la frase anterior ha dado en el clavo del maltrato al idioma que practican los políticos: no quieren que se les entienda y mucho menos que se les comprenda. Son una casta y como tal pretenden tener su propio idioma. Ante eso es necesario, con ayuda de los muchos Delibes que hay en las escuelas, mostrarles, mostrarnos, el camino. Que aquellos que usan el lenguaje como forma de vida lo cuiden como lo que es, el mayor tesoro que tiene España, el español o el castellano, que tanto da. Independientemente de que proceda de Valpuesta o de cualquier otro lugar del país.

Joaquín Sánchez Torné

Publicado en el **Diario de Valladolid-EI Mundo**, el jueves 22 de abril de 2010